

# Una obra única en el continente

El palacio y su arquitectura

El gran Palacio de Aguas Corrientes de Buenos Aires ocupa un lugar de privilegio dentro del patrimonio histórico de las obras de salubridad pues, a nivel continental, no existe un Gran Depósito Distribuidor de su envergadura y características constructivas.



Su historia se relaciona con las necesidades de una ciudad que hacia 1871 presentaba un estado sanitario muy precario, sin un sistema de aguas corrientes, cloacas y desagües pluviales acorde al crecimiento que venía experimentando, y aquejada por epidemias de cólera y fiebre amarilla.

Si bien en 1869 se había inaugurado en el barrio de Recoleta una pequeña planta de filtrado, ésta abastecía solo a un reducido sector de la Ciudad. Todavía la mayor parte de la población dependía del agua que recogían del río los aguateros y de los aljibes, y el flagelo de las enfermedades estaba presente.

A fin de buscar una solución a este grave problema, el Gobierno contrató al ingeniero hidráulico inglés John Frederick La Trobe Bateman para la realización de un plan sanitario para Buenos Aires, que comprendiera la provisión de agua, las cloacas y los desagües pluviales.

# Una obra única en el continente

Precisamente, la historia de este Gran Depósito forma parte de ese sistema de provisión de agua proyectado por el estudio inglés y refleja la intención del Gobierno nacional de levantar un verdadero monumento al agua potable, una "construcción que en el mundo no tenga rival por su magnitud".

La historia de este Gran Depósito refleja la intención del Gobierno de levantar un verdadero monumento al agua potable.

## El palacio y su arquitectura

Los diseños del Gran Depósito comenzaron hacia 1871. Originalmente, se pensó en un tanque ubicado a no menos de 72 pies (22 metros) sobre el nivel del Río de la Plata, para una población de 200.000 habitantes (a razón de 181 litros diarios por persona).

Las variaciones del proyecto fueron innumerables, aprobándose finalmente en 1886, e iniciándose la construcción al año siguiente.



Desde un inicio, el Gobierno había expresado con claridad a los proyectistas su idea sobre el aspecto que debía tener el Gran Depósito, pues se iba a emplazar en una zona muy elegante de la Ciudad y, más que una construcción utilitaria, deseaba levantar un monumento a la higiene pública. Esta voluntad fue cumplida con creces.

El proyecto general del depósito fue del estudio del ingeniero inglés John F. Bateman y el diseño arquitectónico exterior estuvo a cargo de un integrante de su oficina en Buenos Aires, el arquitecto noruego Olaf Boye. La dirección de las obras fue realizada por el ingeniero sueco Carlos Nystromer, mientras que en la construcción intervinieron las empresas de Antonio Devoto y de Rocchi y Cía.

El edificio posee una planta cuadrada de aproximadamente 90 metros de

## Una obra única en el continente

lado, con esquineros exentos de sus cuatro ángulos y balcones que jerarquizan los accesos en la parte central de cada fachada. Está rodeado por jardines y una reja de hierro fundido.

Para definir el aspecto exterior se recurrió a una envolvente polícroma de alto impacto ornamental: más de 300.000 piezas de cerámica -esmaltables y sin esmaltar- provenientes de la firma Royal Doulton y Cía. de Londres y la Burmantofts Company de Leeds. Además, ambas fábricas acordaron ejecutar piezas especiales con los escudos de las catorce provincias, el de la Nación y el de la Capital Federal. Cada pieza tenía su ubicación perfectamente definida en planos y con un número en su parte posterior que indicaba la posición relativa sobre los ladrillos de las diferentes fachadas, como una suerte de modelo para armar de alta precisión.



Hoy, más de cien años después, el recubrimiento no ha perdido su atractivo visual ni el impacto que producen los contrastes entre piezas de colores vivos y otras de tonos pálidos. La tonalidad terracota de planta baja se realza con el ocre de los sectores que sobresalen de la fachada (pilastras) y con paños horizontales de color celeste verdoso. A estas piezas, se sumaron ocho cariátides de hierro fundido ubicadas en las jambas de las ventanas de los cuerpos centrales en las cuatro fachadas, proporcionadas por la firma W. Macfarlane & Co. de Glasglow.

Por dentro, el corazón y su razón de ser: una estructura de hierro, fabricada por un conjunto de fundiciones belgas, de 180 columnas y tres pisos, con 12 tanques capaces de contener 72.300.000 litros de agua.

Cuenta con un patio central cuadrado de 17 metros de lado, que sirve de iluminación y ventilación a los distintos niveles. En la





## Una obra única en el continente

parte inferior de este patio, las aberturas poseen grandes vitrales ornamentados.

La construcción del edificio, iniciada en 1887, se prolongó hasta 1894. Su inauguración coincidió con el nacimiento de otro símbolo de aquella ciudad cosmopolita que deseaba “vivir a la europea”: la Avenida de Mayo.



Esta ecléctica obra, emparentada formalmente con la arquitectura francesa del Segundo Imperio es un testimonio excluyente del mundo del arte y de la técnica, y está considerado como una de las máximas creaciones de la industria de fundición europea del siglo XIX fuera de Europa.

**En 1989 este singular “Palacio” fue declarado Monumento Histórico Nacional.**

